

como la establece en su administración. El libre movimiento de las sectas le es antipático. Nada más curioso que una conversación de Napoleón acerca de las disputas religiosas; citaremos algunos rasgos: "No existe institución más admirable que la que mantiene la unidad de la fe y evita las querellas religiosas. No conozco nada más odioso que una multitud de sectas disputándose, lanzándose invectivas, combatiéndose á mano armada ó formando pandillas que se envidian y crean al gobierno dificultades de toda especie. Las querellas de sectas son las más insostenibles que se conocen. Son ó crueles y sanguinarias, ó secas, estériles, amargas, (1).

Napoleón, que veía el ideal en la unidad y que no comprendía la libertad, se extasiaba ante la unidad católica. En esta misma conversión exclama: "El papa, que mantiene la unidad de la fe, es una institución admirable." La medalla, sin embargo, tiene un reverso. Si la unidad es el ideal, hay que decir, con los ultramontanos, que los soberanos pontífices son los dueños del mundo. Napoleón no lo entendía así. Quería la unidad católica, con los artículos de Bossuet, es decir, la unidad de la fe, pero la sumisión de la Iglesia al emperador. El régimen de la religión es el semejante del régimen político. Napoleón puso término á la República á la vez que á la libertad de pensamiento; una autoridad de hierro reemplazó á la libertad.

### § III.—¿Quién es el vencedor?

El vencedor es el catolicismo, dicen los católicos, y es preciso estar ciego para negarlo. ¿Qué quería el siglo XVIII? La frase célebre de Voltaire nos lo dice: *aplaster la infame*. La filosofía, bajo todas sus formas y á pesar de la diferencia de sectas, perseguía la ruina del cristianismo. En el 89 empezó su obra; demolió la Iglesia para volverla á construir nueva; trató de hacer penetrar en ella el espíritu de la Revolución. Cuando la resistencia del clero ortodoxo demostró la inutilidad de sus esfuerzos, arrojó la máscara: los unos, los hijos perdidos del 93, transforman las iglesias en sitios de libertinaje y las mujeres públicas en diosas; los otros intentan fundar una religión nueva, y la Convención puso su omnipotencia á su servicio.

(1) THIERS, *Historia del Consulado*, lib. XII.

¿Qué resultado dió esta larga guerra contra el cristianismo? Dios envió un soldado afortunado. No hace más que presentarse y la República desaparece; no tiene más que poner una firma al pie del concordato, y Francia vuelve á los altares del Cristo. La Iglesia constitucional vuelve á entrar arrepentida en el seno de la Iglesia universal; en cuanto á la religión decadaria y al culto de los teofilántropos, se disipan como si no hubiesen existido nunca. El mismo galicanismo, aunque tiene en su favor la autoridad de Napoleón y después el prestigio de la antigua monarquía, abdica ante la única verdadera religión, la de Roma. ¿Hay que preguntar aún quién es el vencedor?

Hemos contestado de antemano á este grito de triunfo, y la historia de la *reacción religiosa* completará nuestra respuesta (1). En el terreno de la doctrina no se puede discutir con los católicos, como no se puede razonar sobre la luz con los ciegos. Si no ceden á la razón, cederán ante el poder de la realidad. La Revolución francesa no es más que el principio de una era nueva; es la primera escaramuza de una lucha decisiva entre el pasado y el porvenir; antes de gritar victoria, es preciso esperar el fin del combate. Aun considerándola como una época aislada, ¿es cierto que sea tan favorable al catolicismo como lo pretenden sus defensores?

Los católicos no celebran seriamente su triunfo. Cuando hablan francamente, maldicen la Revolución y echan de menos con amargura todo lo que ha destruido. La Asamblea nacional ha arrebatado á la Iglesia el magnífico *patrimonio de los pobres* que le aseguraba una existencia independiente y una posición tan alta como la del poder real. En vano se trata de reconstituirla por medio del fraude; si lo consiguiera, el Estado se apoderaría de nuevo de riquezas, fruto de la captación y de la violación de las leyes. La Revolución ha destruido las órdenes religiosas; es como si hubiese abjurado el cristianismo tradicional. ¿Qué importa que los muertos hayan resucitado? Son espectros sin vida real, pues que no tienen existencia legal. Los conventos no existen sino por fraude; usarán y abusarán de él tanto, que la conciencia pública se sublevará contra ellos, y el legislador se verá obligado á destruir definitivamente asociaciones

(1) Véase mi *Estudio sobre la reacción religiosa*.

que no son más que una obra de mentira y de hipocresía. La Revolución ha curado una llaga más profunda aún al cristianismo tradicional, aboliéndola como religión dominante y proclamando la libertad religiosa. Es imposible que la revelación se mantenga en presencia del libre pensamiento, porque el libre pensamiento es la negación de la revelación, y concluirá por arruinarla.

La Revolución ha fracasado, se dice; quería destruir al cristianismo, y el cristianismo ha ganado una vida nueva en las persecuciones que tendían á su ruina. Si, la Revolución ha fracasado en su obra de violencia, y nos felicitamos por ello; en este sentido aplaudimos el triunfo del catolicismo, porque es el triunfo de la idea de derecho y de libertad. Sólo que nosotros hubiéramos querido que la victoria fuese más pura. No fué sólo con sus fuerzas como el catolicismo venció á la Revolución; fué necesario un guerrero, un conquistador que empezó por destruir lo que quedaba de libertad política en Francia, y que restauró á seguida la antigua religión, encadenando la libertad religiosa y violentando la parte ilustrada de la nación. Si esto se llama el triunfo de la Iglesia, no hay de qué vanagloriarse. Una restauración del cristianismo tradicional, debida á la fuerza, atestigua en contra del culto que se restaura. Pero tal es la obcecación de los hombres del pasado, que alaban á Napoleón (1) *por no haber respetado los derechos del culto constitucional*; ese es el servicio por el cual mereció, según ellos, el título de nuevo Constantino. Este elogio es la condenación del catolicismo. Necesitó el apoyo de los emperadores cristianos para vencer el paganismo; necesitó también la protección de un soldado coronado para vencer el principio de libertad que hacía la fuerza del clero constitucional. ¡Ay del cristianismo romano si necesita semejantes protectores para salvarse! Esos salvadores no piensan más que en su propio interés, y cuando emplean la fuerza al servicio de las ideas religiosas, comprometen la religión misma que sirven.

Los demócratas declaran un crimen el concordato de Napoleón: "¡Que Dios perdone al gran emperador!", exclama Proudhon. Pero el jefe del Estado que, pudiendo elevar muy alta la conciencia del pueblo, la vuelve á poner bajo el yugo de

(1) VEUILLOT, *Mélanges*, t. I, p. 241-244.

la Iglesia, tendrá que habérselas con la posteridad. Los librepensadores tienen razón para maldecir la obra de Napoleón, en el sentido de que fué una obra retrógrada. Francia gozaba de la libertad religiosa, Napoleón se la arrebató; obligó al clero constitucional á volver á entrar en el seno de la Iglesia romana, y puso término á la religión decadaria y al culto de los teofilántropos. Si mantuvo las Iglesias reformadas y el culto judío, es porque debía tomar en cuenta los hechos sociales; su ideal era la unidad absoluta, en religión como en política. Hemos dicho en otra parte que la monarquía universal es un falso ideal. El ideal de la unidad religiosa es igualmente falso. La religión es ante todo el derecho del individuo; por consiguiente, no puede tratarse de una unidad absoluta de culto; la libertad es, por el contrario, lo que debe ser el derecho común.

¿Quiere esto decir que no haya en la religión más intereses que el del individuo? Hay por lo pronto un interés social que es evidente, de cualquiera religión que se trate. El Estado está interesado en que la idea religiosa se conserve, porque sin religión ó con la irreligión no hay ya ninguna garantía de moralidad; se llega á una civilización puramente material, lo que, como dice Portalis, es una verdadera barbarie, barbarie civilizada peor que la barbarie salvaje, porque la primera es una señal cierta de decadencia, mientras que la otra tiene por lo menos algunos gérmenes de porvenir. Ahora bien, el mal de la época moderna ¿no es precisamente la ausencia de moralidad, una civilización sin alma, sin fe? ¿No es este el mal que mina principalmente á la Francia? No nos atrevríamos á plantear esta cuestión formidable si no encontrásemos la respuesta en algunos escritores contemporáneos de la Revolución. En 1789, el autor de las *Revoluciones de París* exclama: "¿Las costumbres? ¡No las tenemos ya! ¡NO EXISTE NACIÓN MÁS INMORAL!" Loustalot añade que ese espectáculo no se ha hecho para echar de menos el pasado. La religión, en apariencia, era floreciente, á pesar de la incredulidad de las clases altas; en realidad, carecía de móvil, pues que no aseguraba la moral pública (1). Este era el estado de las costumbres cuando estalló la Revolución. La pasión de la libertad hizo las veces de fe en los hombres

(1) *Las Revoluciones de París*, Introducción, p. 10.



del 89 y del 93; pero algunas famosas caídas demuestran que el amor á la libertad es un freno insuficiente para los malos instintos, y carece de garantía en donde no hay moralidad. El grito de alarma lanzado por Loustalot era un grito profético. La fiebre revolucionaria pasó, y Francia se echó en cuerpo y alma en los brazos de un soldado. Se ha vuelto á levantar, después ha vuelto á caer. Estas debilidades demasiado frecuentes ¿no provienen de la inmoralidad señalada desde el 89 por un escritor que tenía el genio de la libertad?

La libertad misma está, pues, interesada en que haya una religión. Pero es preciso que esta religión sea compatible con la libertad, y el catolicismo es su enemigo mortal. ¿No es esta una razón, dirán los demócratas, para maldecir el concordato? Los demócratas se equivocan creyendo que el principio del mal está en el concordato; está en el catolicismo ultramontano. El cristianismo galicano, tal como Napoleón lo restableció, si no es entusiasta de la libertad, la acepta al menos y puede conciliarse con ella: la Iglesia constitucional es una prueba de ello. Antes de condenar el concordato es preciso, pues, ver qué hubiera sido de la religión en Francia si Napoleón hubiese abandonado las sectas á su rivalidad. Es más que probable que hubieran triunfado los ortodoxos, porque tenían en su favor el genio de la unidad, tan poderoso en Francia. Ahora bien, ¿qué es esta ortodoxia? Es la religión romana, el ultramontanismo. La Iglesia católica, cuando es libre, está abandonada á sí misma, se hace necesariamente ultramontana, porque, á falta del apoyo que encontraba en el Estado, busca el del papado. El concordato contuvo los progresos del ultramontanismo, uniendo de nuevo la Iglesia al Estado, y esto bajo un régimen que estaba apegado al galicanismo como á una base de su existencia. Si el imperio hubiese durado, jamás hubiera triunfado el ultramontanismo. Si ha invadido la Francia, ha sido gracias á la debilidad de

los gobiernos interesados en contemplar al clero.

Sea lo que quiera, el ultramontanismo ha terminado por dominar en la patria de Bossuet. ¿Es una victoria? La unidad es un elemento de fuerza: ¿quién podría negarlo? Pero es preciso ver qué es la unidad romana. Los galicanos decían en el siglo XVIII que el galicanismo había salvado la religión católica en Francia, porque satisface la necesidad de libertad y de independencia de las naciones. Esta necesidad ha ido en aumento desde que la Revolución ha trasladado la soberanía de los reyes á los pueblos. Si los príncipes han sido tan celosos de su poder que han tomado la iniciativa del cisma antes que inclinar la cabeza bajo el yugo de Roma, ¿créese que los pueblos se cuidarán menos de sus derechos? Es preciso estar ciego para no ver que lo que aleja de la Iglesia á la mayor parte de los que la desertan es precisamente esa necesidad de independencia que siente la sociedad laica. Ahora bien, si hay una doctrina conciliable con la soberanía del Estado y con la libertad del individuo, es el ultramontanismo. Diríase que el papado, atacado de demencia, quiere demostrar esta incompatibilidad que le dará el golpe mortal. La Europa ha visto, en pleno siglo XIX, á un papa que se llamaba liberal proclamar que la Iglesia no puede y no debe transigir con el liberalismo, es decir, con la libertad, á la cual los hombres tienen más apego que á la vida. ¡Y se dice que el ultramontanismo es un triunfo para la religión católica! Con la historia en la mano probaremos que el catolicismo perecerá por el exceso de sus pretensiones. ¿Quién es, pues, el vencedor? El libre pensamiento. Esta libertad de pensar no es incompatible con el cristianismo: las sectas reformadas son una prueba viviente de ello. Es preciso que el catolicismo entre en la misma vía de reforma; sólo á esta condición se realizará la alianza de la libertad y de la religión.

## LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

### PARTE DECIMAQUINTA

### EL IMPERIO

POR DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS